

ció pronto de las demás de la Península, queriendo constituir como un mundo aparte. Lo consiguió; al paso que las otras, aun formando nacionalidades ó grupos bien definidos (Aragón, Navarra, Cataluña, Valencia, y antes Galicia), fueron acercándose y concurriendo á la formación de un Estado común, con fines comunes. Portugal se consideró de cada día más ajeno á España, mientras que la unidad española se iba preparando con los demás territorios peninsulares. Por esto dejaremos de tratar especialmente de Portugal, salvo en los tiempos en que brevemente aparece unido á España; aunque sí haremos notar las frecuentes ocasiones en que el nuevo reino aparece mezclado en la historia política é intelectual de aquéllos.

241. Don Enrique I y Doña Berenguela.—Sucedió á Alfonso VIII su hijo Don Enrique, menor de edad, renovándose con tal motivo los disturbios ocurridos en la minoridad de su padre, á pesar de contar Don Enrique, con la tutela de su madre y luego la de su hermana Doña Berenguela, mujer de Alfonso de León, pero divorciada de él á instancias del Papa, por ser parientes ambos cónyuges. Como siempre, fueron los Laras los principales promovedores de los disturbios, para aplacar los cuales cedió Doña Berenguela la tutoría á Don Alvaro de Lara; pero, usando éste mal de su poder, se rebelaron otros nobles, hasta que la imprevista muerte del rey (1217), á consecuencia de un golpe en la cabeza, cortó las disputas, si bien promoviendo otros peligros.

Fué elegida reina Doña Berenguela, quien no quiso aceptar para sí la corona y la cedió á su hijo, llamado Fernando, habido en el matrimonio (luego disuelto) con Don Alfonso de León. Parecía natural que éste respetase al que era tan hijo suyo como de la infanta de Castilla. Lejos de eso, ambicionando para sí la corona, entró en son de guerra en tierras castellanas, ayudado por los Laras; pero Don Fernando, apoyado en otros nobles y en la mayoría de las ciudades, le obligó á concertar una tregua. La lucha siguió contra los Laras por algún tiempo, y luego contra otros señores, que se habían sublevado llamándose independientes, como Don Rodrigo Díaz, señor de los Cameros, y Don Gonzalo Pérez, de Molina. Al cabo, Don Fernando venció á todos, obligando á huir á tierra de moros

al de Lara, que murió miserablemente. Con esto pudo decirse que empezaba á reinar verdaderamente en Castilla Fernando III.

242. Las grandes conquistas de Fernando III.—La gloria principal de Fernando III, como político, estriba en el enorme impulso que dió á la reconquista, apoderándose de casi todos los territorios musulmanes del S., y llevando su influencia al África. Para esto, realizó varias expediciones: la primera en 1225, conquistando á Andújar y otras poblaciones próximas á Córdoba, al propio tiempo que enviaba al África un ejército para restaurar en el trono á su aliado el emperador almohade Almamún; el cual, en agradecimiento á este auxilio, así que logró su objeto (1229), permitió á los castellanos que se establecieran en la ciudad de Marruecos, donde fundaron un barrio ó arrabal, levantaron una iglesia y fueron muy agasajados por Almamún. Esta colonia cristiana (que ya tenía precedentes desde el siglo IX, según parece) se conservó en Marruecos por mucho tiempo, haciendo sentir su influencia en la esfera militar y política. A su arrimo comenzaron las misiones de frailes franciscanos en África.

Fernando III hubiese continuado la expedición de 1225 sitiando á Córdoba, á no haber recibido, cuando á ello se disponía, la noticia del fallecimiento de su padre Alfonso IX de León. Aunque el matrimonio de éste con Doña Berenguela se había roto, según sabemos, por razón de parentesco, Fernando había sido declarado hijo legítimo, como nació antes de la ruptura. Parecía, pues, que había de corresponderle la corona de León; pero Alfonso en su testamento dispuso que pasara á dos hijas que tenía de un matrimonio anterior al de Doña Berenguela. Protestó Fernando, apoyándose en las leyes del reino, que daban preferencia al varón; y aunque hubo un momento en que, resistiéndose sus hermanas, pareció que iba á estallar la guerra, arregláronse las diferencias mediante un pacto, recibiendo las infantas grandes sumas de dinero. Así volvieron á unirse los reinos de León y Castilla, para no separarse más.

Aumentadas sus fuerzas de este modo, volvió Fernando III á sus expediciones militares; y en esta segunda etapa de ellas conquistó la importantísima plaza de Córdoba, antigua capital

del Califato (1236), cuya mezquita principal fué convertida en iglesia cristiana, devolviendo á Compostela, en hombros de cautivos, las campanas que siglos antes había llevado á Córdoba, de igual modo, Almanzor. Poco después, el rey moro de Murcia, Mohámed-ben-Alí (Hudiel), envió mensaje á Fernando III ofreciéndole sus Estados en vasallaje y la mitad de las rentas públicas, con tal que aquél le protegiese con sus armas. Aceptada la proposición, firmaron el convenio el hijo mayor de Fernando, Don Alfonso, y Mohámed, juntamente con los *arráeces* ó gobernadores de Alicante, Elche, Orihuela, Alhama, Aledo, Roz y Cieza, á los cuales se unieron á poco los de Lorca, Mula y Cartagena. Las tropas cristianas entraron en Murcia (1241), y quedó este reino sometido á Castilla. A los cinco años, en 1246, en nueva expedición, atacó Fernando III á Jaén, que por entonces pertenecía, como sabemos (§ 224), al rey de Granada Alhamar; el cual, comprendiendo que no podía resistir á las armas españolas, entregó aquella plaza y se declaró tributario.

Conquistado así todo el N. de Andalucía, se dirigió Fernando III á Sevilla, con ánimo de tomarla, empresa en que le auxilió con tropas el propio Alhamar de Granada. Púsole sitio, efectivamente, por tierra y por el río; figurando entonces en el S., por vez primera, una escuadra castellana formada con naves de las villas marítimas del Cantábrico y otras construídas expresamente para el rey (§ 243). Mandaba esta escuadra Don Ramón Bonifaz, primer jefe ó almirante de la marina real de Castilla, el cual logró vencer á la musulmana antes de remontar el río. Gracias á las naves, que comunicaron á la ciudad por la parte del mar y luego con el barrio de Triana (de donde le venían auxilios), destruyendo por choque el puente de barcas que lo unía á Sevilla, logró Fernando III apoderarse de ella mediante rendición (1248). Este hecho de armas, capitalísimo, y los que le siguieron como natural consecuencia (rendición de Medina Sidonia, Arcos, Cádiz, Sanlúcar y otras poblaciones del S.), señala la terminación de las grandes conquistas cristianas. No quedaban á los moros sino el reino de Granada (§ 224) y algunos territorios en Huelva, pues los del E. habían sido ganados por el rey de Aragón, con quien el infante Alfonso celebró

tratado en 1244 (ampliación de otro de 1179: § 248) para determinar bien las respectivas conquistas. A poco que hubieran continuado la política de Fernando III los reyes sucesores de éste, la desaparición del poder musulmán en la Península hubiese sido un hecho próximo. Pero á la muerte de aquel monarca, queda paralizada la obra militar. Excepto Alfonso X, su hijo, que se apoderó de los territorios de Huelva, los demás reyes, hasta mediados del siglo xv, nada importante hicieron contra los moros. De vez en cuando realizaban alguna excursión de más lucimiento que provecho real, por donde el reino de Granada mantuvo sus fronteras durante todo este tiempo, y aun hubo vez en que las dilató, con auxilio de los moros africanos. Constituían éstos, verdaderamente, el mayor peligro; y, considerándolo así, Fernando III proyectó, después de la toma de Sevilla, una gran expedición al África, cosa que no pudo verificarse por muerte del rey (1252).

243. Reformas políticas y militares.—Condiciones personales de Fernando III.—No se preocupó Fernando III solamente de las empresas militares, sino también de la organización interior de sus Estados, complicada con las necesidades de los territorios nuevamente adquiridos. La conquista de Sevilla había hecho ver la necesidad de la marina de guerra. Fernando III proveyó á esto mandando construir en aquella ciudad un astillero para naves del rey, dando grandes premios á los navegantes y organizando el servicio marítimo por primera vez (§ 242). En el orden jurídico, se le atribuye el proyecto de publicar un código de leyes que sirviese para todos sus reinos; intento que no llegó á realizarse por sobrevenir la muerte del monarca, y que suponía, de ser exacto, un sentido unitario y centralizador de gran trascendencia, aunque no afectase á todos los órdenes de la legislación. Modificó Fernando III algunos particulares de la administración pública, dió fueros á varias poblaciones y fomentó el desarrollo de las Universidades.

Era Don Fernando hombre de gran cultura, de energía y tacto político y de acendrada piedad y celo religioso. Por estas dotes personales fué elevado á la categoría de Santo, con cuyo título se le venera. Del criterio nacional de su política, ofrece prueba

la contestación dada á su pariente el rey de Francia Luis IX, que le instaba para que fuese con él á luchar, como cruzado, contra los musulmanes de Oriente: *No faltan moros en mi tierra*, le dijo; y tenía razón. Para los españoles había cruzada desde el siglo VIII, y lo importante era terminar con ella.

REINO DE ARAGÓN

244. Primeros años del reino de Aragón.—Unión con Navarra.—Sabemos que nació este nuevo reino á la vida política por el testamento de Sancho el Mayor de Navarra, quien dejó el territorio comprendido entre los valles del Roncal y de Gistain á su hijo Ramiro, con el título de rey. El nombre de Aragón le vino del río de este nombre, que atraviesa su primitivo y reducido solar. Don Ramiro no se contentó con tan pobre herencia, y quiso apoderarse del reino de Navarra, perteneciente á su hermano García; pero fué derrotado y tuvo que desistir. En cambio, heredó al poco tiempo los condados de Sobrarbe y Ribagorza, por muerte de su otro hermano Gonzalo; con lo que, apenas nacido, obtuvo el reino de Aragón un notable crecimiento por el E. Con intento de ensanchar más sus fronteras por el lado de Ribagorza, hizo la guerra á los moros, y en el sitio de Graus fué derrotado y muerto.

Su hijo Sancho Ramírez, que le sucedió (1063), continuó la guerra apoderándose, más al S., de la plaza de Barbastro y de la de Monzón y luego de Graus y otras. Corriéndose después hacia el O., puso sitio á Huesca, siendo allí muerto de un flechazo. No sólo logró Aragón en tiempo de Sancho engrandecimientos por las armas, sino también la incorporación del reino navarro, por acuerdo espontáneo de los naturales de él, que no quisieron darlo al matador de su rey Sancho IV (§ 264).

Con esto, el nuevo Estado pirenaico se extendía, al terminar el siglo XI, por casi toda la región del N., desde San Sebastián al Noguera Ribagorzana, y por el O. hasta el Ebro (Rioja). El hijo de Sancho, Pedro I, consumó la obra de su padre apoderándose de Huesca (1096) y otras poblaciones, ensanchando así la frontera de su reino.

245. Alfonso I.—Las grandes conquistas.—Habiendo muerto Pedro I en 1104, le sucedió su hijo Alfonso I, cuya intervención en la política de Castilla por casamiento con la reina Doña Urraca, hemos visto en el lugar oportuno (§ 231). Aparte de estas luchas, que en el ánimo del aragonés llevaban un fin político favorable á su reino, Alfonso I dirigió lo mejor de sus fuerzas á la conquista de los territorios musulmanes de la derecha del Ebro, y especialmente de la importantísima ciudad de Zaragoza, que Alfonso VI de Castilla quiso también rendir, años antes. Alfonso I logró su propósito (1118), de tanta representación militar para Aragón como la toma de Toledo para los castellanos; porque no sólo suponía el dominio de la capital de los Estados musulmanes en la cuenca del Ebro, sino la sumisión de todas las plazas dependientes de aquella, como Tarazona, Calatayud, Daroca y otras poblaciones, que llevaron el poder de Aragón mucho más allá del río, hacia Cuenca y Teruel. Los almorávides trataron de reconquistar á Zaragoza, pero fueron brillantemente derrotados por el aragonés en Cutanda (1120). Sintiendo fuerte con estas victorias, Alfonso I, que por ellas tomó el título de *Batallador*, hizo una excursión á tierras de Valencia, Murcia y Andalucía (1125), llamado por los mozárabes, ó en connivencia con ellos, no logrando apoderarse de ninguna ciudad importante, pero obteniendo notable victoria en Arinsol, cerca de Lucena (1126) y llegando hasta el Mediterráneo (costa de Salobreña). De los mozárabes se trajo 10,000 para poblar las nuevas conquistas. A la derecha del Ebro habían quedado, no obstante, algunas plazas en poder de los musulmanes. El rey se dirigió contra una de ellas, Mequinenza que tomó, y luego contra Fraga, sobre el río Cinca, cerca de Lérida, y fué derrotado en el sitio, muriendo quizá á consecuencia del pesar que le produjo la derrota (1134).

246. Ramiro II.—Separación de Navarra y unión con Cataluña.—Alfonso I no dejó hijos. En su testamento ordenaba que el reino se repartiese entre dos órdenes militares, la del Templo y la de Hospitalarios; pero ni los navarros ni los aragoneses quisieron cumplir tan extraña disposición. Reunidos los nobles de Aragón, eligieron por rey á un hermano de Don

Alfonso, llamado Ramiro, monje á la sazón en un monasterio de Narbona. Por su parte, los de Navarra, queriendo recobrar su independencia y creyendo oportuna la ocasión, se reunieron también y eligieron rey propio. Con esto volvieron á desunirse los dos reinos.

No hizo Ramiro II nada de notable, siendo puramente fabulosa la leyenda de *La campana de Huesca*. Para asegurar la sucesión á la corona, y previamente dispensado de sus votos por el Papa, casó con Doña Inés de Aquitania. De este matrimonio nació una hija, Doña Petronila, que Ramiro desposó con el conde de Barcelona, Berenguer IV, renunciando luego el reino y volviendo nuevamente á su retiro monástico (1137). Con esto, vino á ser considerado como soberano de Aragón el conde de Barcelona, verificándose así la unión de los dos más importantes Estados pirenaicos, que siguieron juntos constantemente, realizando grandes empresas militares y políticas en que Cataluña representó siempre el espíritu de expansión hacia el exterior y el de relación comercial y civilizadora con el resto de Europa.

247. Alianza con Castilla.—Anexión de territorios franceses.—El primer rey único de Aragón y Cataluña fué Ramón Berenguer, hijo de Berenguer IV, que, en homenaje á los aragoneses, cambió aquel nombre por el de Alfonso (II de Aragón y I de Cataluña). El nuevo monarca fué aliado constante por muchos años de Alfonso VIII de Castilla, en parte por el interés común que ambos tenían en reducir, aquél el sentido de independencia, y éste las ambiciones y correrías de los reyes de Navarra; y en parte también por el vasallaje que desde la época de Alfonso VII debían á los castellanos los monarcas aragoneses (§ 236). Lucharon ambos juntos contra los navarros; y aunque Alfonso II no logró incorporar de nuevo aquel reino al de Aragón, le ganó algunas plazas y el de Castilla otras. Mayores ventajas logró Alfonso II por el lado de Francia. En 1167 heredó, por muerte de un primo hermano suyo, de la casa de los condes de Barcelona—y, según los pactos celebrados anteriormente por su padre Berenguer IV con el emperador de Alemania (§ 263),—el ducado de Provenza; y aunque halló dificultades al principio, por pretender la sucesión el conde de

Tolosa, apoyado Alfonso por la mayoría de los nobles provenzales logró el reconocimiento de su derecho. En 1168 quedó sujeto el ducado al rey de Aragón y de Cataluña. Poco después, en 1172, nueva herencia puso bajo el poder de Alfonso el condado de Rosellón; y todavía en 1187 le ofrecieron vasallaje los condados de Bearn y de Bigorra al SO. de Francia, por el lado del Atlántico. De este modo vió Alfonso II ensanchado notablemente su poder político por el lado N., dominando en casi todo el S. de Francia; lo cual no dejó de traerle guerras frecuentes con el conde de Tolosa y otros nobles, que pretendían dominar ó ser independientes.

248 Guerra contra los moros.—Cambio de política con Castilla.—No descuidó Alfonso II la extensión de las fronteras por el S. Unas veces unido con Alfonso VIII de Castilla, y otras por propia cuenta, se apoderó de Caspe y de las tierras de Albarracín, fundando la ciudad de Teruel (1170); rechazó dos incursiones de moros en la provincia de Tarragona, la segunda de las cuales (1173) hizo gran daño en los pueblos cercanos á la capital, si bien no se apoderó de ésta; y por fin conquistó á Cuenca, auxiliando á su aliado Alfonso VIII, el cual, según dijimos, le levantó el vasallaje existente á favor de Castilla. En los últimos años de su reinado, Alfonso II varió de política, y formó confederación con los reyes de Navarra, León y Portugal contra el castellano, á quien dicen algunos autores que venció en una batalla. De todos modos, la enemistad duró breve tiempo. Ambos monarcas celebraron en 1179 un tratado en que se repartían las tierras de España, fijando los límites de sus respectivas conquistas presentes y futuras.

Alfonso II murió en Perpiñán, á 25 de Abril de 1196.

249. El condado de Montpellier y el de Urgel.—Sucedió á Alfonso su hijo Pedro II, en circunstancias muy críticas. La extensión de los dominios aragoneses-catalanes en el Mediodía de Francia, donde las turbulencias eran continuas, complicaba enormemente los problemas políticos que por entonces amenazaban con grandes dificultades, debidas en gran parte á la ambición de los reyes franceses (cuyas fronteras lindaban con aquéllos) y á la falta de cohesión de los señoríos feudales que formaban la Provenza, no obstante la soberanía reconocida

del rey de Aragón y Cataluña. Las consecuencias no tardaron en producirse; pero mientras tanto, Pedro II unió á su corona el condado de Montpellier, por casamiento con la heredera de él, condesa María (1204); y un año después (1205) tomó igualmente posesión del condado de Urgel, cedido por la condesa Elvira.

250. La infeudación al Papa.—Por entonces realizó Pedro II un acto de grandísima trascendencia política para sus reinos; y fué el viaje á Roma para que el Papa le coronase. No se sabe á ciencia cierta cuál fuese el móvil real que indujo á Pedro á esta novedad notable en las costumbres de la corona aragonesa y del condado barcelonés. Parece que el motivo ostensible, oficial, que diríamos hoy, fué obtener el apoyo del Papa y el auxilio de genoveses y pisanos—poseedores de grandes escuadras—para conquistar las Baleares. Es muy verosímil que á este propósito uniera Pedro II otros relacionados con las cuestiones políticas del S. de Francia. A los peligros que representaban allí las desavenencias constantes entre los nobles y la declarada ambición de los reyes franceses de dominar en aquella parte de las Galias, se unía ahora otro de mayor gravedad: un gran movimiento religioso, herético, contrario, pues, á las ideas é intereses de la Iglesia católica, y que, patrocinado por la mayoría del pueblo, y sobre todo de los nobles provenzales, habían producido ya una viva oposición entre el elemento eclesiástico y el civil. Véase bien claro que estas circunstancias las habían de aprovechar los reyes franceses y algunos señores ambiciosos, para intervenir en Provenza; y en este caso, Pero II se hallaba en el deber, como señor feudal de aquella región y en defensa, á la vez, de sus derechos y de sus vasallos, á oponerse á toda ingerencia extraña; y como esto hubiera representado colocarse al lado de los herejes (Albigenses ó Valdenses) y frente á la Iglesia, es muy probable que Pedro II tratase, con su viaje á Roma, de prevenir la hostilidad del Papa y de señalar perfectamente, por medio de un acto que afirmase de modo público y solemne sus sentimientos católicos, la separación entre la cuestión religiosa y la política, que muchos habrían de confundir en provecho propio.

En Noviembre de 1204 fué Pedro II coronado en Roma por

el Papa, que le armó luego caballero. El rey, en cambio, ofreció defender siempre la fe católica, respetar la libertad é inmunidad de las iglesias, perseguir á los herejes y hacer justicia en todas sus tierras. Pero en seguida añadió una declaración muy comprometedora: la de ser vasallo del Papa, ofreciéndole en feudo los reinos de Aragón y Cataluña, que le pagarían anualmente un tributo, á cambio de que el Papa y sus sucesores defendieran á los reyes con su autoridad apostólica.

Manifestación tan grave, produjo gran disgusto en los aragoneses y catalanes, que negaron al rey el derecho á realizar un acto de tal naturaleza sin su consentimiento. Los nobles y los pueblos se juntaron formando *unión* ó hermandad contra el rey, á quien obligaron á retractarse de la infeudación; pero ésta siguió produciendo efectos de parte de los Papas, á quienes se pagó también el tributo prometido por Pedro II. El rey tomó el título de *Católico*.

251. La cruzada contra los Albigenses.—La cuestión religiosa se agravaba día por día en Provenza, y en todo el S. de Francia, siendo muy tirantes las relaciones entre los nobles y el Papa, poco dispuestos aquéllos á reprimir la herejía, como deseaba éste. Al cabo se produjo el rompimiento, llamando el Papa á cruzada contra los Albigenses y en especial contra el conde de Tolosa, yerno de Pedro, y contra Ramón Roger, vizconde de Bezières y de Carcasona, vasallo de Aragón (1209). La cruzada se reunió en Lión y se compuso de nobles franceses, representando una verdadera invasión del elemento puramente francés en Provenza, de acuerdo con las ambiciones políticas de sus monarcas. Por fuerza se sometió el conde de Tolosa, que había sido uno de los que más contribuyeron al rompimiento con Roma. Los cruzados, dirigidos por el noble francés Simón de Montfort, atacaron la villa de Bezières, y, á pesar de la heroica resistencia de los sitiados, la asaltaron, pasando á degüello á todos los vecinos, católicos y herejes, hombres, mujeres y niños, persiguiéndolos hasta el pie de los altares, y después incendiaron la población (22 de Julio de 1209).

Semejante crueldad fué censurada por el insigne religioso español Santo Domingo de Guzmán, que se hallaba en Provenza predicando á los Valdenses para que se convirtiesen, y

que procuró en vano reprimir los excesos de Montfort y su gente. En su calidad de señor feudal del vizconde de Bezières, Pedro II hubo de intervenir, aunque sólo como mediador, para evitar nuevos desastres. No lo consiguió, sin embargo. Los cruzados atacaron y tomaron poco después la ciudad de Carcasona, repitiendo los horrores de Bezières. Simón de Montfort se apoderó de las tierras de Ramón Roger, á lo cual no se avino Pedro II, continuando la guerra hasta que la fuerza de las circunstancias, los requerimientos de Montfort y la mediación de los Legados del Papa, lograron un acomodamiento, conformándose el rey de Aragón á reconocer á Montfort como señor de Bezières y Carcasona, recibir su homenaje y casar á su hijo Jaime con una hija de aquél.

Sucedió á esto un breve período de paz, que Pedro II utilizó para dirigir su atención á las cosas de España, acudiendo á la cruzada contra los moros levantada por Alfonso VIII y contribuyendo en gran manera á la victoria de las Navas (1212). Antes había logrado anexionar á su reino territorios de Navarra (Aibar y Roncesvalles), de Castilla (Moncayo) y de los musulmanes del S.

Los asuntos del Mediodía de las Galias retoñaron bien pronto. En 1213 se reanudó la guerra contra el conde de Tolosa. Pedro II trató de arreglar pacíficamente la cuestión, acudiendo al Papa y al Concilio de Lavaur para que se hiciese justicia al de Tolosa contra las arbitrariedades de Montfort; y no habiéndolo conseguido, tomó la extrema resolución de acudir á las armas, apoyando al conde de Tolosa y á los demás nobles del Mediodía, despojados de sus tierras por los franceses. Consiguió, como medida preliminar, que el rey de Francia, Felipe Augusto, negase su concurso y el de sus hijos á la cruzada de Montfort, y en seguida declaró á éste la guerra. Sólo se dió una batalla en los alrededores del pueblo de Muret, con tan desgraciada suerte para Don Pedro, que murió en ella, con derrota de su ejército por el de Montfort (13 de Septiembre de 1213). Con él perecieron también muchos nobles aragoneses.

252. La minoridad de Jaime I.—Al morir Pedro II, quedaron por un momento huérfanos de rey Aragón y Cataluña. El único hijo del monarca difunto, llamado Jaime, estaba en poder

de Simón de Montfort, al cual lo entregara Pedro II cuando hubo de proyectarse el casamiento de una hija de aquél con el infante aragonés. Merced á un mandato enérgico del Papa, Inocencio III, Simón de Montfort hizo entrega de Don Jaime al año siguiente de la batalla de Muret (1214). Aragoneses y catalanes recibieron con júbilo al nuevo rey; pero siendo éste de pocos años, no pudo hacerse cargo desde luego de la gobernación de sus reinos. Para proveer á ella y á la guarda de Don Jaime, reuniéronse las Cortes de Aragón y Cataluña en Lérida, nombrando tutor del rey-niño al Maestre de la Orden de los Templarios, Guillem de Monredó; Procurador general de ambos Estados, á un hermano del abuelo de Don Jaime, llamado Don Sancho, y cuatro gobernadores subalternos, dos para Aragón, uno para Cataluña y otro para Montpellier.

No por esto se logró que hubiese paz en el reino. El Procurador general Don Sancho, y otro tío de Don Jaime, Don Fernando, trabajaban para usurpar la corona al hijo de Don Pedro; y por su parte los nobles aragoneses turbulentos y orgullosos, se declaraban independientes ú obraban como tales, luchando unos contra otros y promoviendo grandes disturbios. Al cabo, el partido fiel á Don Jaime logró arrancar á éste del poder de Guillem Monredó, que lo tenía encerrado en la fortaleza de Monzón; y aunque el rey-niño no contaba más que nueve años (1217), se puso al frente de las fuerzas que le apoyaban y luchó valerosamente contra sus ambiciosos parientes y contra la anárquica nobleza, uno de cuyos representantes más genuinos era entonces Don Pedro Fernández de Azagra, señor de Albarracín, que se había declarado independiente de todo poder político. Con ayuda, en especial, de los nobles catalanes y de las Cortes, á que recurrió desde luego, logró Don Jaime, si no restablecer por completo su autoridad (pues tuvo que desistir, por traición de los mismos partidarios, de tomar la fortaleza de Albarracín), reducir á sus ambiciosos tíos y atraer á su lado á la mayoría de sus súbditos. Para esto tuvo que sostener continuas luchas por bastantes años (hasta 1227) con la nobleza, que ora guerreaba entre sí como si fuese independiente, obligando al rey á mediar en la contienda, ora desconocía la soberanía de éste, ó formaba partidos y banderías generadores de grandes

disturbios. En estas guerras civiles figuraron especialmente Guillem de Moncada, señor de Bearn; Pedro Ahones, y otros. Don Jaime llegó á estar prisionero de los nobles por dos veces y fué traicionado no pocas, logrando salir en bien de tanto peligro gracias á su serenidad y arrojo. Al fin se llegó á una paz general mediante un convenio con la nobleza (31 de Marzo de 1227). Todavía tuvo el rey que combatir, al año siguiente, con Guarán de Cabrera usurpador del condado de Urgel, á quien venció, apoderándose de todas las villas de aquel territorio y reponiendo en el señorío de él á su legítima poseedora Doña Aurembiaix.

En este período de luchas se produjo también otra, en que intervino principalmente la nobleza catalana, y que fué de grandes consecuencias políticas. La batalla de Muret no había resuelto la cuestión del Mediodía de Francia. Los nobles indígenas se resistían al dominio de Simón de Montfort; y al cabo, el de Tolosa renovó la guerra ayudado por los catalanes. En ella murió Simón de Montfort, y con su muerte se quebrantó el poderío francés en los territorios que la cruzada de 1209 había arrebatado á los señores vasallos ó aliados de Aragón y Cataluña.

253. La conquista de Baleares y de Valencia.—Solventadas las cuestiones interiores, Don Jaime pensó en dirigir su política al engrandecimiento exterior del reino, de conformidad con el espíritu de gran parte de la población, especialmente de la catalana, cuyos hábitos de comercio y viaje la impulsaban á la conquista del predominio mediterráneo. Comenzó ésta por lo más inmediato y ligado á España, que eran las islas Baleares, habitadas por moros que pirateaban frecuentemente en costas españolas. Don Jaime encontró oposición á su empresa en los nobles aragoneses, que se negaron á prestar su ayuda, y en algunos catalanes de la región occidental, y hubo de contentarse con las tropas, naves y dinero que se prestaron á dar varios señores, eclesiásticos y ciudades de Cataluña y del Mediodía de Francia. Con esto, se reunió un ejército de bastante consideración y una armada de 43 naves y 12 galeras, con la cual arribaron los expedicionarios á Mallorca (Septiembre, 1229). La conquista de esta isla no fué difícil, porque se consi-

guió desde un principio derrotar á las tropas musulmanas de Palma y á otras de la región montañosa, logrando que uno de los reyezuelos se aliase con Don Jaime y le diese ayuda de hombres y víveres. Conquistada la capital, y á poco toda la isla, repartióse el botín entre los soldados, y las tierras entre los señores ó jefes, estableciendo en Palma, para el gobierno, un lugarteniente general del rey. En nueva expedición hecha por Don Jaime años después (1232), fué sujeta á vasallaje la isla de Menorca, mediante pacto con sus dominadores; y tres años después, varios señores conquistaron la de Ibiza (1235). Así pasaron las Baleares á formar parte del reino catalano-aragonés, reconquistadas á los musulmanes. La población cristiana que llevó la conquista, y que fué la predominante en riquezas y poder, componíanla en su gran mayoría catalanes, especialmente del N. (Ampurdán), los cuales difundieron en los nuevos territorios, su lengua, su cultura y sus costumbres.

Aun no terminada la conquista de las Baleares, emprendió el rey la del país valenciano, que dominaban los musulmanes. Con aquella independencia de acción que usaban los nobles en aquel entonces, un rico hombre aragonés, Blasco de Alagón, emprendió por su cuenta, en 1232 la conquista de Morella. El rey no quiso consentir tal cosa, y dirigiéndose al encuentro de Blasco, le obligó, ante los mismos muros de Morella, á que le entregase la villa una vez tomada, prometiendo por su parte Don Jaime cedérsela en feudo. Dominada Morella, continuó el rey, con algunos barones y milicias ciudadanas de Cataluña, la invasión del reino de Valencia, conquistando poco á poco los más importantes castillos y poblaciones, hasta que puso sitio estrecho á la capital (1238). En toda esta compañía, el rey se vió privado del auxilio de la mayoría de los señores aragoneses y de muchos catalanes; pero, formalizado ya el sitio, acudieron casi todos, así como las ciudades y villas de ambos reinos, predominando el elemento aragonés y el catalán del O. En Septiembre de aquel mismo año, se rindió Valencia, bajo la condición de dejar salir libremente al rey musulmán Zaen y á todos los que le quisieran seguirle, con las ropas y efectos que pudiesen llevar consigo. Dícese que abandonaron la ciudad 50,000 musulmanes. La conquista de la capital valenciana se

completó poco después con la de otras ciudades importantes, en primer lugar la de Xátiva ó Játiva, cuya fortaleza se consideraba de primer orden, Alcira, y otras de la actual provincia de Alicante, como Biar (1253). Las tierras se repartieron entre los señores que habían ayudado á la conquista; pero ésta no pudo considerarse como definitiva hasta bastantes años después, ya que, por dos veces, la población musulmana montañesa se sublevó, costando nó poco al rey y á los nobles reducir á los sublevados. Para evitar nuevos peligros, desterró Don Jaime de sus dominios valencianos á todos los musulmanes, á raíz de la primera sublevación. La segunda no pudo verla terminada, pues ocurrió poco antes de su muerte.

254. Conquista de Murcia y cruzada á Palestina.—To davía realizó Don Jaime, y con él los Estados de Cataluña y Aragón, nuevas conquistas en territorios musulmanes. Al realizar la del reino de Valencia, que se extendía hasta el término de Biar, de común acuerdo Don Jaime y el rey de Castilla fijaron como límite de los territorios catalano-aragoneses el de la región valenciana hasta el mencionado sitio de Biar. Las tierras situadas más al S., aunque en poder de los musulmanes, se reservaban á Castilla para cuando fuesen conquistadas. No obstante tal condición, Don Jaime, ayudado por varios nobles aragoneses y catalanes, emprendió en 1265 la conquista del reino de Murcia, aunque no con intento de apropiárselo, sino de someterlo al dominio del entonces rey de Castilla Alfonso X, sucesor é hijo de Fernando III y yerno de Don Jaime (1). El reino de Murcia se había declarado en 1241, mediante convenio con Fernando III, vasallo de Castilla (§ 242), con obligación de pagar la mitad de lo que producían las rentas públicas; pero esto no bastaba á los monarcas cristianos, y se pensó en la conquista definitiva. Comenzóla Don Jaime apoderándose de Elche y Alicante, y á poco (1266) de la capital, Murcia, que se rindió bajo la condición de permanecer todos los musulmanes en la ciudad regidos por sus propias leyes, juzgados por sus jueces y conservando las mezquitas. Don Jaime trajo al reino población catalana y distribuyó las tierras entre los nobles que le habían

(1) Es decir, casado con una hija de Don Jaime, llamada Violante.

ayudado en la conquista, pero sometiéndola á la soberanía del rey castellano.

No contento con esto, pensó Don Jaime poco después en realizar una expedición á Palestina para conquistarla á los mahometanos. Envió embajada al emperador de Constantinopla y al kan ó emperador de los tártaros (pueblo de Asia que estaba en guerra con los musulmanes), y ambos le prometieron ayuda. Reunió tropas de Castilla, de la orden de Santiago y de San Juan de Jerusalén, de Aragón y de Cataluña, y una armada de 30 naves gruesas y 12 galeras, todas catalanas, con la que salió á la mar en 4 de Septiembre de 1269. Una furiosa tormenta que desbarató la escuadra é hizo arribar con peligro la galera del rey á las costas francesas, le hizo desistir de la expedición. Sólo once buques llegaron á Palestina, y parte de las fuerzas que llevaban quedaron en San Juan de Acre, plaza fuerte que pertenecía á los cristianos, sirviendo de gran ayuda en la defensa de la ciudad contra los musulmanes. Todavía proyectó Don Jaime, en 1273, una nueva expedición contra los moros españoles, para ayudar á su yerno Alfonso de Castilla; pero los nobles catalanes se negaron á seguirle, alegando que no estaban obligados á servir al rey castellano. En cambio, una armada catalana, en alianza con el rey moro de Fez, atacó las costas de Marruecos y se apoderó de Ceuta, incendiando los buques que halló en el puerto.

255 Luchas con la nobleza.—**Política del rey.**—Don Jaime había tenido que luchar en sus primeros años contra la nobleza anárquica, con la cual, según hemos visto, hubo de contemporizar, cediendo á menudo ante el peligro de alargar indefinidamente las guerras civiles. Los nobles, en más de una ocasión, obraban por cuenta propia, desatendiendo al rey, negándole su concurso para la guerra, ó haciéndola por sí y ante sí. Nada de extraño tiene, pues, que, á medida que el rey iba creciendo en poderío y en grandeza política, tratase de ir reduciendo á la nobleza y cortándole los privilegios abusivos que derivaban del régimen feudal. Ayudaban en estos propósitos al rey los jurisconsultos que le rodeaban y que difundían por entonces, según veremos en lugar oportuno, las ideas más favorables al poder absoluto de los reyes. El rey y su hijo